

Reminiscencias de *Le peuple* de Jules Michelet en la obra de Ortega

Béatrice Fonck

Resumen

Este trabajo presenta un doble objetivo: señalar y recopilar las referencias y reminiscencias de Ortega respecto a las obras de Jules Michelet en particular *Le peuple*, y destacar su impacto respecto al concepto de *pueblo* en sus primeras implicaciones en la política de su país.

Palabras clave

Ortega y Gasset, Michelet, Conciencia nacional, cultura, educación, democracia, espontaneidad, historia, laicismo, masa, plebiscito, pueblo, república, soberanía

Abstract

The aim of this paper is twofold: to point out and compile Ortega's references to and reminiscences of the works of Jules Michelet, in particular *Le peuple*, and to highlight his impact on the concept of the people in its early implications for the politics of his country.

Keywords

Ortega y Gasset, Michelet, National consciousness, culture, education, democracy, spontaneity, history, secularism, mass, plebiscite, people, republic, sovereignty

El protagonismo actual del populismo en las democracias europeas incita a cuestionar a Ortega a este respecto. Las conocidas invectivas suyas acerca de la inercia e incompetencia del pueblo español de su época, el “anormal popularismo de España”¹ así como su denuncia del envilecimiento de las masas instauradoras de la “gobernación del hombre vulgar” han podido conducir a algunos críticos a clasificarlo entre los censores del *demos*². Sin embargo, la lectura detenida de algunos textos emblemáticos o poco conocidos de su obra ofrecen perspectivas distintas. En particular cuando se analizan desde el punto de vista de sus lecturas de las obras de Michelet.

Después de compilar y contextualizar las referencias explícitas del filósofo al historiador francés, y esbozar las principales aportaciones de Michelet al concepto de *pueblo*, nos proponemos evidenciar algunas reminiscencias de las lecturas juveniles de Ortega que contribuyen a puntualizar su visión del pueblo tanto desde el punto de vista político como moral y cultural.

¹ José ORTEGA Y GASSET, *Obras completas*, 10 vols. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2004-2010, IX, 165. En lo que sigue el volumen irá en números romanos y las páginas en arábigos.

² Entre otros Antonio ELORZA, *La razón y la sombra*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1984.

Cómo citar este artículo:

Fonck, B. (2021). Reminiscencias de "Le peuple" de Jules Michelet en la obra de Ortega. *Revista de Estudios Orteguianos*, (42), 89-98.
<https://doi.org/10.63487/reo.134>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 42. 2021
mayo-octubre



Quisiera primero recordar que antes de empaparse de la filosofía alemana, las lecturas europeas del joven Ortega fueron principalmente francesas y, como afirma Julián Marías, el filósofo conserva hasta el final de su vida una vinculación muy estrecha con lo francés. De ahí que la influencia de un autor como Michelet que quiso fundar, frente al catolicismo, una iglesia nueva que sería la república, debió de llamar la atención del joven español en busca de salvación para su país. Su biblioteca personal demuestra la pertenencia de los volúmenes más famosos así como otros menos conocidos del historiador francés³.

Ahora bien, por escasas que sean las entradas sobre Michelet en el índice de las *Obras completas* de Ortega, merecen ser comentadas más particularmente en lo que se refiere al concepto orteguiano de *pueblo* durante sus primeros años de implicación política, es decir los años anteriores al discurso *Vieja y nueva política*.

Por lo tanto, el título de este artículo utiliza adrede el término *reminiscencias* por tres razones. La primera es que este trabajo no pretende en absoluto ser exhaustivo ya que, y es la segunda razón, al redactarlo descubrí la amplitud del tema que merecería ser objeto de una investigación exhaustiva si se tiene en cuenta la problemática sociológica de Ortega y sus distintas perspectivas. Así es como el término *reminiscencias* corresponde al alcance de este artículo puesto que, y es la tercera razón, al recurrir a sus fuentes francesas, Ortega lo hace como sin querer, como si se las ofreciera la memoria como algo que pasó, que ya no tiene presentes, y que sin embargo no tiene más remedio que usar como fruto de una influencia inconsciente e inexcusable. Por cierto, en su obra, son muy escasas las citas explícitas de Michelet en comparación a las de Fichte por ejemplo, sin embargo son bastante significativas respecto a lo que yo llamaría la presencia subterránea de la obra del historiador francés en su pensamiento. Son trece en total las entradas de Michelet en las *Obras completas* de Ortega y se despliegan entre 1905 y 1950. Excepto tres que son de índole literaria, las demás abarcan el campo sociopolítico e histórico y se refieren al tema del compromiso entre individuo y sociedad.

De las primeras citas se desprende que la obra de Michelet figura como telón de fondo de la tesis doctoral de Ortega redactada en 1904 y publicada en 1909. Su título, *Los terrores del año mil. Crítica de una leyenda* se inspira ostensiblemente en los trabajos del historiador sobre la Edad Media. Por lo tanto, antes de acceder a una cátedra de Metafísica, Ortega se dedica a una investigación histórica donde se propone primero describir los usos de los grupos sociales y de las

³ Hay dos ediciones de la *Histoire de France*, así como *L'amour, Jeanne d'Arc, Le peuple, La réforme*, una *Novísima historia universal: desde los tiempos prehistóricos a 1908* codirigida por varios autores del siglo XIX, entre ellos Michelet, y traducida del francés por Vicente Blasco Ibáñez.

instituciones de aquella época, luego destaca algunas figuras representativas, prefiriendo sus hazañas privadas y espirituales a las públicas y, por último, una vez expuesta la fórmula de la leyenda del año mil, procede mediante el método interpretativo de Michelet a la parte crítica de su tesis para averiguar hasta qué punto se ajustan los hechos y los testimonios recopilados en los archivos y, en el caso de la leyenda, el porqué de su prolongada aceptación por los historiadores. Tal vez este interés por la persistencia de los errores interpretativos en historia proceda por propia experiencia del impacto negativo de la leyenda negra difundida en España por los europeos desde varios siglos, y resulte ser un incentivo para interrogarse científicamente sobre su verosimilitud como lo afirma en 1906:

¿Pero es que existe la historia de España? Mejor hubiera dicho afirmando que nos mata la leyenda pero adviértase que la historia es el único reactivo capaz de disecar la leyenda, como es la religión la enemiga genuina y victoriosa de la superstición⁴.

He aquí pues una aseveración orteguiana que, a nuestro modo de ver, prefigura sus futuros trabajos sobre el método y el papel de la historia tanto en la ética como en política y que sería preciso investigar.

Además es de señalar que, no obstante la influencia de los institucionistas que incitaban a sus estudiosos a desterrar muchos de los mitos de la historia, que eran moneda corriente de la historiografía alemana de la época, para descubrir el genio nacional inserto en ellos⁵, Ortega prefiere dedicarse al estudio de un historiador francés ya que domina el idioma galo. Tal vez sea debido a su desconocimiento del idioma alemán en aquella época, o a la influencia de sus lecturas juveniles de la literatura francesa en particular las obras de Renan quién, admirativo del verbo comunicativo del historiador francés, pudiera haberle incitado a investigar la producción histórica de la época, pues en *La réforme intellectuelle et morale* saludaba la obra “imaginativa” de Michelet.

Así es como Ortega descubre con Michelet la necesidad de fundar en la observación de las fuentes históricas, sociológicas y psicológicas, la solidaridad del presente con el pasado gracias al descubrimiento del grado de conciencia colectiva contenido en un acontecimiento extraordinario tal como el terror del año mil que sería el factor desencadenante de las cruzadas medievales.

Redactada esta tesis antes de su salida para Alemania en 1906, en 1908, nada más volver a Madrid resulta que Ortega recurre de modo muy específico y de-

⁴ VII, 88.

⁵ Béatrice FONCK (ed.), *1898: Littérature et crise religieuse en Espagne*. Lille: Presses Universitaires du Septentrion, 2000, pp. 49-61.

terminado a una obra de Michelet. Al publicar su primer semanario *Faro*, presenta una sección titulada *Antología de un ciudadano* la cual propone como primer texto un extracto de una obra poco conocida de Michelet titulada *El banquete de la vida suficiente*. Es decir que Ortega considera fundamental ofrecer a sus lectores, como primera iniciación cívica, un texto de Michelet cuyas páginas, afirma, son “trozos elocuentes y conmovedores que aguzan la sensibilidad política” y pertenecen a “obras eternas”⁶. Subraya que el lirismo de Michelet:

ha encubierto para muchos la profundidad de su espíritu, como la flora esplendorosa de las novelas caballerescas cela la boca de las simas. La tosca claridad, la falsa continencia, el aparente realismo a la inglesa de Taine, han oscurecido durante cuarenta años la figura magnífica del cantor del pueblo. Y es claro signo de que al idealismo político resurge la reivindicación de Michelet, que con la nueva centuria se inicia⁷.

Sabemos que en 1908, desde su regreso de Alemania, Ortega entabla una serie de polémicas y compromisos decisivos acerca de la necesidad de “educar la conciencia política del pueblo español”⁸, así como procede a una ruptura progresiva con el liberalismo oficial del sistema de la Restauración para afirmar que “no es posible hoy otro liberalismo que el liberalismo socialista”⁹. Es la época de su mayor aproximación al socialismo cuando quiere otorgar al partido socialista el protagonismo ético y cultural de la reforma: la “reivindicación de Michelet” parece ser una alusión oportuna del joven filósofo hacia el partido socialista español particularmente influenciado por el partido socialista francés.

Este texto de Michelet fechado en 1850 aparece como el epílogo de su obra *Le peuple* publicada en 1846¹⁰. *El banquete de la vida suficiente* pretende, a pesar del fracaso de la revolución de 1848 acaecida en Francia, que no se pierdan las esperanzas arraigadas en su libro anterior *Le peuple*.

En efecto, *Le peuple*, librito concebido unos años antes de publicar su famosa *Historia de la Revolución francesa*, es una obra que aspira a la conjunción de una reforma mental y política de su país mediante la educación del pueblo y que su autor considera como un “evangelio republicano”. En su introducción Michelet cuenta a Edgar Quinet que “*Ce livre est plus qu'un livre, c'est moi-même*”¹¹, es decir, que se implica personalmente en la salvación de su pueblo describiendo su vida

⁶ I, 1001, 1 de marzo de 1908.

⁷ I, 1002.

⁸ VII, 129.

⁹ “La reforma liberal”, *Faro*, 23 de febrero de 1908. Citado en I, 145.

¹⁰ Jules MICHELET, *Le peuple*. Paris: Flammarion, 1974. En adelante la traducción de las citas en español son de la autora de este artículo.

¹¹ “Este libro es más que un libro; soy yo mismo”.

presente mediante sus propias experiencias y su contacto directo con sus ciudadanos. Entiende comprometerse así como dar a conocer y entender los usos de la sociedad francesa marcada por el industrialismo y amenazada en su humanidad genuina por el “maquinismo” y la codicia material: es una manera de discrepar del famoso lema de Guizot *Enrichissez-vous*. Después de una descripción sociológica de todas las categorías sociales y de la exaltación de la clase humilde, aspira a una acción redentora que fomente la “vitalidad actuante del pueblo”, el cual, para el historiador francés es el sujeto de la historia. Es decir, que quiere proceder al alborear de un pueblo cuyo destino se inscribe en la historia de Francia tal como lo demuestra en su *Historia de la Revolución francesa* pues, a su modo de ver, este acontecimiento fue la consagración de un lento proceso del despertar de las latentes energías transformadoras del pueblo que se movilizan con “espontaneidad”. En esta descripción del pueblo, Michelet está inaugurando un concepto del papel interactivo del tejido de la sociedad civil de su época, y manifiesta su propia fe en la capacidad regenerativa de esta al estar convencido de que es en el pueblo donde se recupera el “calor social” y se guarda el tesoro de la “vida universal” del que brota el “manantial del amor”, de la “fraternidad”. De ahí el papel otorgado a la previa educación de una conciencia cívica del pueblo.

No solo se atiene a la instrucción pública laica –cuatro años antes de publicar *Le peuple* había editado un panfleto virulento contra la educación nefasta de los jesuitas– sino al saneamiento moral del país, inoculándole gérmenes de fe en la humanidad gracias a la amistad, es decir la fraternidad. Al renunciar a su fe católica conforme al principio de la autonomía de la conciencia y a la creencia en la espontaneidad de la condición humana, la emancipación religiosa de Michelet defiende una idea de la libertad capaz de despertar todas las “energías potenciales” del pueblo unido en una ordenación de la vida. Ante todo, es relevante su fe en esa vida emergente que alienta en la sociedad la cual habrá inspirado al joven Ortega ansioso de compensar su pérdida de fe religiosa con otra ilusión más esperanzadora, o como lo afirma el profesor Cerezo Galán: “el vínculo religioso que daba a los pueblos una comunidad de creencias y valores, era preciso sustituirlo por el nuevo vínculo de la cultura”¹².

Además, para el historiador francés, el protagonismo del pueblo en la *Historia de la Revolución francesa*, no resulta solo de una plasmación de la razón sino de la actuación de un conjunto de individuos cuyas intervenciones imprevisibles proporcionan gradualmente su sentido a la Revolución. Michelet notifica que 1789 es la manifestación de la unidad del pueblo y de la nación que se

¹² José ORTEGA Y GASSET, *Vieja y nueva política y otros escritos programáticos*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2007, p. 39.

adueña de su soberanía y afirma la fuerza del derecho a la justicia gracias al sentimiento de fraternidad que permite reducir la distancia entre lo individual y lo social. He aquí un concepto alrededor del cual Ortega va construyendo la propia concepción de la nación a lo largo de su obra y más particularmente en *La rebelión de las masas* donde el concepto de nación se encamina hacia la expresión de un pueblo soberano¹³.

Además en *Le peuple*, Michelet defiende la prepotencia de la dimensión moral de la vida frente a lo material porque está convencido de que no puede surgir un ímpetu súbito del pueblo que no haya sido preparado por la regeneración interior, principio fundamental defendido por Ortega también. Desde 1906, un borrador de un discurso redactado para su padre revela que sus lecturas de Fichte le han convencido de la necesidad de fomentar una cultura científica y moral para la reforma de la sociedad española¹⁴, sin embargo, en 1908, la referencia a Michelet complementa sus aspiraciones.

De ahí que al presentar a sus lectores *El banquete de la vida suficiente* Ortega está divulgando una llamada a la reforma ética la cual considera previa a cualquier reforma política, pues el texto de Michelet es una alegoría de la cena eucarística en la cual la “vida suficiente” tiene un propósito moral, es un “banquete fraternal”, un “heroísmo del sacrificio”, el “ágape universal de conciliación y reconciliación”. Desde luego el historiador, decepcionado por el fracaso de la revolución de 1848, y de la Segunda República que desemboca en el advenimiento del imperio de Napoleón III, se transfigura en un mensajero, un profeta de una hipotética república fraterna convocando al *Banquete de la vida suficiente* a todos los fieles dispersos de la iglesia republicana para no perder sus esperanzas en el futuro advenimiento de una revolución que traerá “la felicidad de la virtud, del goce, de lo necesario sin superfluidad”: “Héroes y héroes, mártires y mártires, esa grande iglesia, tan felizmente congregada, se asienta en el noble banquete de la prueba, y lo que Dios derrama en su copa es siempre el licor de la fraternidad”¹⁵. Resulta que Michelet cree en la acción salvadora de unos discípulos elegidos –una minoría– para mantener vivo el ideal republicano. Esta eucaristía alegórica es una fuente inspiradora para el discurso adop-

¹³ “Veo pues, en el Estado nacional una estructura histórica de carácter plebiscitario” (IV, 488). En esta obra redactada en 1930 Ortega no utiliza el término *pueblo soberano* ya que aún permanece la institución monárquica la cual, por definición, detiene la soberanía. Sin embargo sí lo utiliza bajo la República en su discurso *Federalismo y autonomismo* (*Discurso pronunciado en las Cortes Constituyentes en la noche del 25 al 26 de septiembre de 1951*) para defender, frente al federalismo que considera como la plasmación de una soberanía dispersa, la autonomía como proceso de una soberanía unitaria conforme al plebiscito cotidiano prescrito por Renan en su definición de la nación (IV, 836).

¹⁴ VII, 72. Véase la introducción de Pedro CERESO GALÁN, pp. 11-88.

¹⁵ VII, 1006.

tado por Ortega en aquella época en vista de animar y formar a la minoría dedicada a la fermentación de la reforma cultural de España:

Falta la levadura para la fermentación histórica, los pocos que espiritualicen y den sentido en la vida a los muchos [...] nos falta esa minoría cultural que en otros países es lo bastante numerosa y enérgica para formar como un pueblo e influir sobre el más amplio¹⁶.

He aquí una fuente de inspiración particularmente relevante de las conferencias pronunciadas por Ortega entre 1908 y 1910 donde aspira a una “teología social” o a una “teología democrática” y llega a hacer de Pablo Iglesias el nuevo santo de la democracia regenerada, así como el símbolo de la “transubstanciación de la idea socialista”¹⁷. Del mismo modo que Michelet, el joven filósofo a la hora de interrogarse sobre la definición del término *pueblo*¹⁸ promueve la secularización de la sociedad sin dejar de nutrir su prosa de un vocabulario sacado del registro religioso para enriquecer sus discursos de una inspiración “carnal, de resonancia humana y noble” porque afirma con solemnidad en su famoso discurso *La Pedagogía social como programa político* que “un pueblo es una comunión de todos los instantes en el trabajo, en cultura; un pueblo es un orden de trabajadores y una tarea. Un pueblo es un cuerpo innumerable dotado de una única alma. Democracia. Un pueblo es una escuela de humanidad”¹⁹.

Así es como el entusiasmo carismático operado por Michelet en sus escritos ofrece a Ortega un respaldo –yo diría casi emocional– a sus discursos de juventud que correspondería al dualismo expresado en las cartas a su novia durante sus estudios en Alemania: le habla de su “subconsciente sentimental” frente “al intelectual, el estudiado y pensado por la ciencia moderna” y añade:

En mis meditaciones quiero unir ambas tendencias opuestas en una fórmula [...] No la he encontrado aún; es posible que muera de buscarla, pero si la encuentro habré inventado el secreto mágico que re-cree al pueblo español²⁰.

Esta “re-creación” del pueblo español es la que en definitiva anima todo el programa reformista de Ortega.

¹⁶ I, 188-189.

¹⁷ Pablo Iglesias, 13 de mayo de 1910. Citado en I, 345 y ss.

¹⁸ Véase el artículo *De re política* donde patentiza la dificultad de la empresa y se entrega a un arrebato lírico digno de los embelesos de Michelet: “¡Pueblo, sustancia adamantina, incorruptible, arco iris espléndido...!” (I, 195.)

¹⁹ II, 102, marzo de 1910.

²⁰ José ORTEGA Y GASSET, *Cartas de un joven español (1901-1908)*, edición de Soledad ORTEGA. Madrid: El Arquero, 1991, p. 462. Carta del 28/10/1906.

Desde luego la presentación en *Faro* del texto de Michelet entra oficialmente en el repertorio de las lecturas que inspiran al joven universitario, ilusionado por la tarea reformista, y preocupado por intimar de modo más directo con su público. Sin duda sería sugestiva la lectura detenida de sus obras posteriores desde este punto de vista, pues generalmente se opina que sus escritos de madurez no demuestran una esperanza explícita en la potencialidad emancipadora del pueblo. Acaso merecería señalar que su diagnóstico pesimista sobre la rebelión de las masas no utiliza el término *pueblo*. Ahora bien, habría que detenerse en el uso por Ortega de otro término utilizado por Michelet como el de *espontaneidad* para calificar las potencialidades del pueblo.

Resulta que en la misma *Rebelión de las masas* Ortega recurre a él para contraponerlo al intervencionismo del Estado:

Este es el mayor peligro que hoy amenaza a la civilización: la estatificación de la vida, el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por el Estado es decir, la anulación de la espontaneidad histórica, que en definitiva sostiene, nutre y empuja los destinos humanos²¹.

Este texto publicado después de la caída de Primo de Rivera, en febrero de 1930, anticipa la trama de su discurso futuro siempre que procede al balance de sus motivaciones hacia el cambio de las instituciones de su país. Así es como, nada más llegar la República, época más comprometida de su vida política, no se inmuta en recurrir al argumento de la espontaneidad, del vigor, del resurgimiento del pueblo como fuente de esperanza para la renovación de España:

Yo he venido a la República como otros muchos, movido por la entusiasta esperanza de que, por fin, al cabo de centurias, se iba a permitir a nuestro pueblo, a la espontaneidad nacional corregir su propia fortuna, regularse a sí mismo, como hace todo organismo sano; rearticular sus impulsos en plena holgura, sin violencia de nadie, de suerte que en nuestra sociedad cada individuo y cada grupo fuese auténticamente lo que es, sin quedar por la presión de nadie o el favor deformada su sincera realidad²².

Incluso al abandonar definitivamente toda actuación política, en 1933, y comentar la llegada al poder de la derecha, plantea algunas interrogaciones acerca de la lealtad republicana de esta y le recuerda la espontaneidad salvadora del pueblo:

²¹ IV, 450.

²² IV, 848, 6 de diciembre de 1931.

La República surgió con la sencillez, plenitud e indeliberación con que se producen los fenómenos biológicos con que en mayo brotan las hojas por las ramas del olmo y engorda la espiga sobre la caña. La ingenuidad de estas imágenes geórgicas no es inoportuna, porque un pueblo tan campesino como el español suele moverse en la historia dirigido por el instinto vegetal. [...] La República en efecto no fue “traída” por nadie, sino que sobrevino espontáneamente en los españoles, en todos los españoles, inclusive en los monárquicos²³.

He aquí una fórmula que no hubiera rechazado Michelet, ya que Ortega estuvo experimentando las sujeciones inherentes a toda democracia liberal, las cuales para el filósofo pretenden compaginar la promoción de la liberación reflexiva y la lucha contra la tiranía de la masa cuando esta ya no cumple con los requisitos de la civilidad del pueblo soñada por el historiador francés pues, según ambos pensadores, esta no puede prescindir de la acción de una minoría electiva cuya pedagogía constituye el nervio de la perduración de la democracia: “un pueblo necesita que en medio de sus vacilaciones e impulsividades, sencillas y bandazos, exista un núcleo inmovible, impasible representante de la continuidad sagrada de la vida nacional”²⁴, es decir, los miembros elegidos del *Banquete de la vida suficiente* sin los cuales el pueblo se transforma en masa.

Del mismo modo que el profesor Cerezo Galán ha subrayado la influencia de Fichte en Ortega respecto a la búsqueda del vínculo entre la cultura y la conciencia nacional del pueblo²⁵, las referencias juveniles de Ortega a Michelet la complementan en cuanto a su explicación verbal. Con la filosofía sistemática de Fichte que en su época también anhelaba por la reconstitución del pueblo alemán, Ortega pretende afianzar un método racional de reforma cultural. No obstante Michelet le facilita la percepción lírica del elemento vital inherente a la espontaneidad humana inscrita en el estilo vibrante de las llamadas a las energías del pueblo insertas en los escritos del historiador francés²⁶.

De todos modos, el pico de frecuencias de las referencias orteguianas a Michelet entre 1904 y 1908 crea un conjunto de reminiscencias reveladoras de la contante preocupación del filósofo por los requisitos de la dinámica individuo / sociedad inherentes a una democracia liberal cuya permanencia no puede prescindir de la acción de una minoría consciente de sus responsabilidades constructivas: “No es culpable la muchedumbre al carecer de impulsos éticos, si no el que osa hablar de ciencia ética sin sospechar si quiera qué cosa es. En una palabra, nosotros que pretendemos ser no-pueblo, tenemos que abrazarnos a

²³ V, 288.

²⁴ V, 292.

²⁵ *Ibidem*, 33.

²⁶ Tal vez este estilo vibrante sea fuente de la futura pedagogía de la contaminación propuesta en 1917 (VII, 685).

nuestros pecados históricos y llorar sobre ellos hasta disolverlos y meter ascuas de dolor en nuestra conciencia para purificarla y renovarla”²⁷.

Así es como Michelet, del mismo modo que Renan y Augustin Thierry aparecer como referencias iniciales y siguen permaneciendo en el proceso de reflexión antropológico de Ortega.

Desde este punto de vista, también hay que tener en cuenta en este proceso reflexivo el impacto de la opinión pública española de la época marcada por la política laicista francesa. 1905 es la fecha de separación de la Iglesia y del Estado que aparece como el fruto de una institución republicana deseosa de instaurar una mística de libre pensamiento capaz de contrarrestar la dogmática religiosa. De ahí que en esta primera etapa de su pensamiento sociológico, Ortega presencie este nuevo proceso de las instituciones democráticas francesas respecto a la libre determinación del destino individual y colectivo. Desde este punto de vista su interés por la retórica practicada por Michelet en *Le peuple* y su adenda *El banquete de la vida suficiente* constituye una fuente oportuna para respaldar su argumentación política y cultural de la época. Le permite anuar su búsqueda filosófica con un discurso de índole mística capaz de compenar el hueco religioso creado por su militancia laicista y proponer una “teología social” susceptible de “prestar resonancia humana a las emociones personales” de un individuo divinizado en la colectividad tal como lo afirma en su discurso fundacional *La pedagogía social con programa político*²⁸.

Por último, la persistencia en el tiempo de la presencia ocasional del historiador francés en las referencias orteguianas es tanto más relevante que aparece en textos circunstanciales y decisivos tales como *Cuestiones holandesas* (1936), *Ictiosauros y editores clandestinos* (1937) y *El hombre y la gente* (1949). En los dos primeros, la referencia a Michelet es idéntica y Ortega se la apropia como un lema de toda su vida: “¡El que sabe ser pobre lo sabe todo!” En el tercer texto Ortega se confunde con un pensamiento famoso de Pascal: “Le moi est haïssable” que atribuye a Michelet. Lo que demuestra hasta qué punto la presencia espiritual del historiador funciona como una reminiscencia, una señal de lo que suele llamar Ortega la “espontaneidad vital del espíritu” en su ensayo sobre la obra de Proust. En este aspecto podríamos decir que la figura de Michelet ha marcado su sensibilidad y ha mantenido alerta su conciencia de las vicisitudes del idealismo. ●

Fecha de recepción: 29/11/2019
Fecha de aceptación: 14/04/2020

²⁷ I, 188.

²⁸ II, 101.